Los valores de Monseñor Romero

Luis Armando González

Desde el asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, el 24 de marzo de 1980, este mes se ha convertido, año con año, en un espacio para la reflexión, el recuerdo y la actualización del legado del Arzobispo mártir. Se trata de un legado, el suyo, rico en implicaciones de todo tipo: socio-políticas, históricas, educativas y morales. Es esta última dimensión del legado de Mons. Romero que quiero detenerme en esta ocasión.

Creo necesario y urgente reflexionar sobre los valores que Mons. Romero abanderó y que marcaron su desempeño como Arzobispo de San Salvador en los convulsivos años setenta hasta su muerte, en marzo de 1980. Que se entienda mi enfoque: no es una preocupación moralista o moralizadora la que me lleva a abordar el tema de los valores en Mons. Romero, sino una preocupación por el deterioro de referentes morales fundamentales que acusa nuestra sociedad, en sus diferentes ámbitos privados y públicos.

Y es que los valores de Monseñor Romero que me interesa destacar son esos valores fundamentales de su quehacer como pastor y como ciudadano consciente de sus obligaciones en un país atravesado por graves conflictos y desigualdades socio-económicas. No voy a repetir lo que se ha dicho en muchas ocasiones sobre su fidelidad a la verdad y su compromiso con la justicia, sino que voy a prestar atención a valores de los que poco que se habla, pero que son centrales para entender la magnitud de su figura moral.

a. **Conciencia de las propias obligaciones ante los demás.** Este es el primer valor que yo veo en Mons. Romero. Los valores son un asunto de conciencia, es decir, de convicción íntima acerca de lo que es bueno y malo, humano e inhumano. Poseer la convicción de que estamos obligados ante los demás –sus problemas, necesidades, miserias— constituye un valor de primera importancia. Un valor que Mons. Romero poseyó sin lugar a dudas y que se tradujo en una praxis de compromiso con los otros.

b. **La dignificación de los demás, especialmente de las víctimas de abusos de los poderosos**. La obligación con los demás (con los otros) tuvo en Mons. Romero una clara dirección: trabajar por su dignificación, lo cual suponía un compromiso con su humanización. Mons. Romero privilegió, en su labor humanizadora, a quienes eran violentados en su humanidad por estructuras de poder injustas y excluyentes. No es otro el sentido de la expresión "opción preferencial por los pobres" que Mons. Romero –inspirado en Medellín y Puebla— hizo suya y tradujo a la realidad salvadoreña.

c. **La búsqueda de coherencia entre la palabra y la acción.** Nada más difícil que esa coherencia, sobre todo en los tiempos actuales cuando está de moda obrar de espaldas a lo que se predica. Mons. Romero se esforzó por hacer que su predicación sobre la dignificación de las víctimas no fuera sólo retórica, sino que su quehacer pastoral estuviera en sintonía con aquélla. Eso tuvo costos para él, siendo el mayor de ellos la pérdida de su vida. Y es que la coherencia entre palabra y acción, cuando ambas apuntan a lograr una mayor justicia, está mal vista por los poderosos de todos los tiempos. Por el lado contrario, la incoherencia es bien vista y, más aún, es fomentada a través del chantaje y los favores económicos y políticos.

d. **Mirar la realidad del país desde quienes están en peor situación, es decir, desde las víctimas.** Lo normal en la época de Mons. Romero, y en la nuestra, es que desde los círculos de poder económico, político y religioso la realidad se viera desde quienes estaban en la cima de la pirámide social. Mons. Romero hizo lo opuesto y desafió a los poderosos a que miraran a las víctimas y que desde ellas juzgaran al país que teníamos. Por supuesto que no lo hicieron; pero Mons. Romero lo hizo y su juicio fue

severo: El Salvador estaba edificado sobre la miseria y la exclusión de la mayor parte de sus miembros. El país construido desde los intereses de los poderosos era un país inhumano.

e. **Enjuiciar la realidad nacional con una palabra firme y clara.** En nuestro tiempo otra de las modas es la ambigüedad en lo que se dice, no sólo para ser "políticamente correctos", sino para quedar bien con todos y que nadie pueda reprocharnos una expresión ofensiva o cuestionadora. En tiempos de Mons. Romero, la moda no era la ambigüedad en lo que se decía, sino la proclamación contundente de mentiras sobre la pobreza, la violencia y la injusticia. Mons. Romero, a sabiendas de que afirmar lo contrario a lo proclamado por los poderes de turno era peligroso, lo hizo. Sin ambigüedades, llamó a las cosas por su nombre y lo hizo de tal forma que todos entendieron lo que quería decir.

f. Por último, **no ambicionar poder y riquezas.** No se tiene que perder de vista que Mons. Romero estuvo la cúspide del poder católico nacional. Desde ahí, el acceso a bienestar material, privilegios, bienes y demás cosas que simbolizan una vida placentera estaban al alcance de su mano. Lo más fácil y que pocos hubieran visto mal era optar por los privilegios del cargo y trabajar por escalar más en la jerarquía de poder eclesial internacional. Pero este buen hombre no hizo eso; no pensó que tener riquezas, privilegios y poder fueran una opción de vida para él.

No sé cómo verán a Mons. Romero quienes creen que lo que se tiene que buscar en cualquier cargo público es la acumulación de riquezas, pero desde un punto de vista ético su lección es mayúscula: envidiar a los ricos y querer ser como ellos no es bueno ni recto, pues eso es una bofetada a quienes –una mayoría de salvadoreños— viven en la miseria y en la exclusión.

En definitiva, Mons. Romero fue un hombre de sólidos valores humanos y humanizadores. Los valores de él que he destacado nos son ajenos o por lo menos sólo son cultivados por un puñado de gente de buena voluntad, gente a la que se suele ver como idealista, ingenua y al margen del pragmatismo imperante hoy en día. Sin embargo, de lo que se trata es de reivindicarlos como algo necesario para construir una mejor sociedad, en la cual el oportunismo y el aprovecharse de los demás sea algo inaceptable en la conciencia de cada cual.

_____

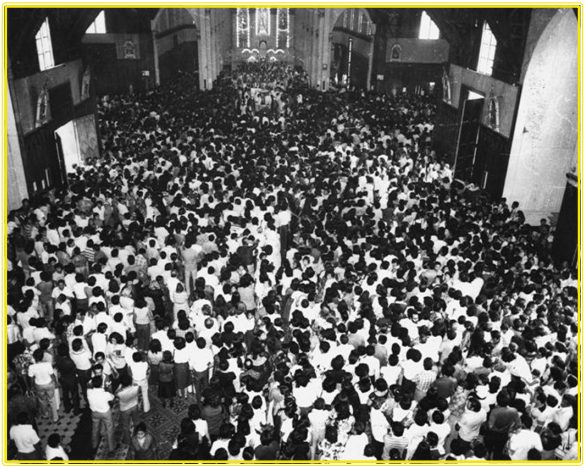
*Texto leído en la Escuela Superior de Maestros, el 23 de marzo de 2012.

No podemos esperar 50 años

José María Tojeira

A principios de diciembre de 1989 Monseñor Rivera Damas fue a Roma. Su viaje fue necesario porque el gobierno salvadoreño acusaba al FMLN de ser el asesino de los jesuitas. Y al mismo tiempo culpaba al propio Mons. Rivera y a los jesuitas sobrevivientes de querer hacer política con el asesinato de los catedráticos de la UCA, cuando lanzábamos fundadas acusaciones contra el gobierno y los militares. El Papa Juan Pablo II recibió a Mons. Rivera y le dio un amplio apoyo. En ese contexto el cardenal Silvestrini concelebró junto con el arzobispo salvadoreño una Misa por los jesuitas mártires y en solidaridad con el propio Mons. Rivera, en una céntrica y amplia iglesia de Roma. Allí el cardenal mencionado dijo lo siguiente refiriéndose a los jesuitas asesinados: "Hay que llamarles mártires ya. No podemos esperar 50 años".

Si eso fue dicho de los jesuitas, cómo callar ante la lentitud del proceso de beatificación de Mons. Romero. El tiempo va pasando y el reconocimiento formal del martirio por parte de nuestra Iglesia va demasiado lento. Lo han reconocido como mártir los anglicanos, y su efigie aparece con otros, como Martin Luther King, en la fachada de la abadía de Westminster. Las Naciones Unidas han decidido designar el 24 de marzo como el día del derecho de las víctimas a la verdad, en lo que de hecho es un homenaje de dimensión mundial a Monseñor Romero. Y nosotros seguimos con miedo de que alguien lo utilice políticamente, o de que su muerte no haya sido por odio



Funeral de Monseñor Romero.

Con el sentir del pueblo. La fotografía de Monseñor en el parabrisas del transporte colectivo.

a la fe. Por supuesto que ya nadie duda ni se limita a la hora de llamarle mártir públicamente. Pero creo que con el mismo derecho que el cardenal Silvestrini al hablar de los jesuitas, podemos también los salvadoreños decir sobre la beatificación y canonización de Mons. Romero que "no podemos esperar 50 años".

Monseñor Romero ha sido y sigue siendo un ejemplo para todo el que quiere justicia y paz. Era ciertamente un hombre piadoso, que vivía el amor a Jesucristo intensamente y lo unía a los Cristos vivos de este mundo, presentes en el pobre, el enfermo, el perseguido y el humillado. Pero con su muerte se convirtió además en un testigo creíble de la resurrección. Así les llamaba en su tiempo San Juan Crisóstomo, otro obispo defensor de los pobres, a los que sufrían el martirio. El argumento de este Padre de la Iglesia era que nadie da la vida por un muerto de 100 o 200 años atrás. Sólo se da la vida por alguien que vive. Y Romero la dio casi 2000 años después por un Jesús, el Cristo, en cuya vida y presencia confiaba plenamente.

En el año 2003 Juan Pablo II hacía una radiografía de cómo debe ser el obispo en este mundo de hoy, caracterizado por "una guerra de los poderosos contra los débiles", donde "los pobres son legión" (Pastores Gregis 66 y ss). En ese texto y contexto el Papa pedía entonces que el obispo estuviera inundado de la libertad de palabra profética (parresía), que tuviera radicalidad evangélica, que fuera profeta de justicia, defensor de los derechos humanos, padre de los pobres y "voz de los que no tienen voz para defender sus derechos". Si alguien entre los obispos del siglo XX ha cumplido a cabalidad esta especie de retrato hablado del documento pontificio, es Mons. Romero. Y rubricó con su sangre esas características antes de que fueran escritas el año 2003. Ser lentos en su beatificación puede inducir a los cristianos a pensar que una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Y nadie quiere que se piense mal de nuestra Iglesia.

La preocupación por la justicia social de Mons. Romero hace que este hombre, esta persona humana, sea un santo para nuestros días. Llevamos demasiado tiempo en El Salvador sin que se emprenda una verdadera andadura sólida, eficiente y estructuralmente eficaz que permita avanzar hacia el desarrollo social. Nadie dice que sea fácil la tarea del desarrollo. Pero lo que todos podemos constatar es la necesidad y la urgencia de dar pasos que permitan el acceso de El Salvador al desarrollo en una generación. Esto es posible. Pero los pasos que se están dando no son suficientes para alcanzar el desarrollo en el plazo de 15 años. Nos encanta poner fechas para llegar al desarrollo, pero nunca ponemos las condiciones eficaces para que esas fechas sean realmente las que marquen la diferencia. Ni la izquierda ni la derecha ni el centro político celebraron con propuestas dignas de consideración el día mundial de la justicia social, acaecido en febrero pasado.

En muchas celebraciones se ha oído la consigna, "queremos obispos como Mons. Romero". Por supuesto que tenemos derecho los cristianos a decir eso. Pero seríamos profundamente hipócritas si no dijéramos al mismo tiempo que queremos laicos y laicas, sacerdotes y religiosos, como Mons. Romero. Y más hipócritas si no reconocemos simultáneamente que también nosotros, los cristianos de a pie, laicos, curas y monjas, estamos muy lejos de la radicalidad evangélica del obispo mártir. Por eso mismo queremos que la Iglesia nos anime proponiéndonos su figura como verdadero santo. Santo en cuanto persona identificada con Cristo y que nos señala hoy, en el día a día de nuestra existencia, el camino de la fidelidad al Evangelio, del amor a los más pobres y olvidados, y del hambre y sed de justicia de las bienaventuranzas. Tenía razón el cardenal Silvestrini: "No podemos esperar 50 años".

Monseñor Romero.
Cruz, resurrección, redención

Extracto de sus homilías

"Ustedes son la imagen del Divino Traspasado, del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz, y atravesado con la lanza. Es la imagen de todos los pueblos, en que como Aguilares serán atravesados serán ultrajados, pero que si se sufre con fe y se le da un sentido redentor Aguilares estará cantando la estrofa preciosa de liberación. Porque al mirar al que traspasaron se arrepentirán y verán el egoísmo y verán la alegría en que el Señor bendice en el dolor…

Sufrimos con los que están perdidos (desaparecidos), con los que no se saben dónde están, o con los que están huyendo y no saben lo que pasa con sus familias. Somos testigos de este dolor, de esta separación. Pero sepan, queridos hermanos, que a los ojos de Dios no están perdidos y que están muy cerca del corazón del Señor. Para Dios no hay perdidos, para Dios no hay mas que el misterio del dolor, que si se acepta con sentido de santificación y de redención, será como el de Cristo nuestro Señor, también un dolor redentor…

Estamos con los que sufren las torturas. Sabemos que muchos están en sus hogares sufriendo esas dolencias, esas humillaciones. La violencia, de cualquier parte que venga y sobre todo cuando viene de esa fuerza armada, que en vez de ser defensa del pueblo se vuelve en ultraje es reprochada por Dios nuestro Señor. Sepan que el dolor, pues, y todo el sufrimiento de ustedes es bien comprendido y la iglesia lo interpreta como un dolor redentor, como un dolor del cual derivará para Aguilares nuevas fuentes de bendiciones.

Fragmentos de la homilía del 19 de junio de 1977, cuando los soldados abandonaron Aguilares después de haber sitiado la ciudad durante un mes.

"Sentimos en el Cristo de la semana santa, con su cruz a cuestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz. Sentimos en ese Cristo de los brazos abiertos y crucificado, al pueblo crucificado; pero que, desde Cristo, un pueblo crucificado y humillado encuentra su esperanza" (19 de marzo, 1978).

"¡Cristo ha resucitado, Cristo vive y esta es la gran fe y confianza, la gran espiritualidad de los pobres. Este es nuestro Dios, el Dios de los pobres, como le canta nuestra canción popular!" (17 de febrero,1980).

"Esta es una noche de triunfos, una noche de victorias, pero no una victoria que deja aplastados en el odio, en la sangre, a los enemigos. Las victorias que se amasan con sangre son odiosas; las victorias que se logran con fuerza bruta son animales. La victoria que triunfa es la de la fe, la victoria de Cristo que no vino a ser servido sino a servir. Y el triunfo de su amor es este triunfo pacífico. El triunfo de la muerte no fue definitivo. Es el triunfo de la vida sobre la muerte, el triunfo de la paz, el triunfo de la alegría, el triunfo de los aleluyas, el triunfo de la resurrección del Señor" (25 de marzo, 1978)

"Hermanos, la iglesia no puede ser sorda ni muda ante el clamor de millones de hombres que gritan liberación, oprimidos de mil esclavitudes… La resurrección tiene que dar al hombre valentía, entereza. Lejos de toda cobardía, el cristiano tiene que estar como Cristo dispuesto a dar su cara ante Poncio Pilato, ante Herodes, ante los perseguidores y, con la serenidad de un cordero que es llevado al matadero, esperar también en el sepulcro de su martirio la hora en que Dios glorifica" (26 de marzo, 1978).

• • •